

Copos envenenados

No debería volver la mirada atrás pero no puedo evitar recordar aquel tiempo en el que podía permitirme ser feliz, reír, gritar, tener miedo y mostrarlo. Añoro aquel tiempo atrás en el que podía sentir y compartir mi vida con alguien más.

No queda nada, me limito a cargar con una mochila destrozada y sucia llena de pan duro, galletas, chocolate y un par botellas de agua. Arrastro además una garrafa medio vacía, no es momento para mostrarse positivo. Llevo días, tal vez meses caminando sin rumbo, con ningún objetivo. Ni siquiera sé por qué sigo sobreviviendo, no tengo a nadie con quien seguir adelante, nadie a quien aferrarme.

A veces lloro antes de acostarme entre escombros, pero mis ojos están secos, mi alma rota y mi mente enferma. Estoy sola.

Encontré hace tiempo un pequeño gato negro, cojeaba y estaba tuerto pero decidió acompañarme. Los dos seguimos adelante, ambos con heridas, las suyas físicas, las mías eran diferentes.

Al principio sentí odio porque todo esto fue causado por aquellos que presumían de tener poder, y como su avaricia crecía, el odio entre ellos lo hacía a la vez. El egoísmo es lo que les movió a hacer lo que hicieron.

Terminaron perdiendo todos y nosotros también. Aquellos que me hacían sentir ya no están a causa del odio que dispararon los que se suponen que tenían que controlarlo.

Casas derruidas, almas perdidas; todo en una nube de gas, fuego, veneno, dolor y odio. En instantes todos desaparecieron, me quedé sola, antes me permitía tener miedo y podía llorar sin sentir vergüenza.

El Gato y yo seguimos caminando ocultándonos bajo escombros al caer la noche y cobijarnos en una manta atada a mi cintura que comparte lugar junto a un tosco cuchillo y una desafilada tijera.

Vinieron ellos arruinando vidas ajenas a las suyas sin importarles que lo mismo sucedía en su hogar. Luego cayeron millones de esferas cargadas de terror por todas partes terminando el trabajo. Desafortunadamente fui la única en seguir adelante, otro con el que me encontré no pudo resistir he hizo consigo mismo el trabajo que los otros no pudieron. No sentí demasiado el que se fuese, no le quería.

Gato y yo despertamos después de dormir unas míseras horas. Continuamos caminando, tal vez encontremos algo. Le miro y siento algo que no debería, no puedo cogerle cariño si no mi alma se resquebrajará aún más si es posible.

No quedan árboles, ni un simple hierbajo. El resto de seres vivos solo han dejado un reguero de sangre y lágrimas, alguna cabeza con ojos vacíos nos observa mientras caminamos por una tierra teñida de rojo. No sé qué busco, no queda nada vivo, solo cosas muertas.

Gato parece cansado, decidimos parar y refugiarnos bajo unas piedras y ladrillos que antes eran el hogar de alguien que seguramente tendría a alguien a quien querer. Nos echamos la manta por encima pero esta noche no es suficiente. Gato se ve muy cansado, le dejo refugiarse bajo mi jersey. Unos fríos copos grises empiezan a caer. Los copos infectados cubren la tierra

teñida. Cierro los ojos y dejo que el afilado viento me meza y lastime mi cara. Despierto, pero parece que Gato sigue durmiendo. Me quedo aguardando en este improvisado cobijo, cojo un lapicero que escondo en un pequeño bolsillo de la mochila y saco una doblada y mal tratada hoja. Me gusta escribir sobre mi duro periplo y leerlo y releerlo para pasar un tiempo vacío. No es necesario escribir siempre, muchas veces no quiero y me limito a caminar, pero hoy mientras Gato duerme me apetece. Llevé la cuenta hasta el día 43, no seguía un diario, me limitaba a escribir un número cuando me despertaba pero dejé de dedicarle tiempo.

El sol se está poniendo, Gato sigue dormido, he echado todo el día escribiendo apenas seis insulsas líneas, la mirada perdida y la mente en blanco. Otra vez me dispongo a dormir y otra vez vuelven a caer copos envenenados.

Otro amanecer, Gato sigue dormido. Un par de lágrimas caen de mis ojos entristecidos por algo inevitable. Dejo a Gato acurrucado en una esquina y le demuestro por primera y última vez un gesto de afecto acompañado de otro de tristeza. Siempre he hecho lo mismo, demostrar mi cariño cuando ya no pueden sentirlo.

Me levanto y continuo caminando, llevo días sin comer pero no tengo hambre, por esto mi pequeña despensa dura tanto. Tampoco tengo sed. Apenas cumplo mis necesidades básicas.

Aunque no tenga hambre cojo un pedazo de pan, está seco y duro y es desagradable comerlo pero no me importa apenas. Siempre acabo con una onza de chocolate, es algo que siempre he disfrutado.

Mi alma me pesa hoy más que antes, extraño a Gato.

Cada día me importa menos nada. Pero como ya he dicho antes, no es momento para ser optimista.

Llego al final de una muerta llanura de tierra seca, me dejo caer de rodillas, estoy muy cansada. Miro al horizonte, una nube roja se acerca. Incluso sin estar aquí siguen matando a un planeta ya muerto.

La nube roja se acerca, una nube que presagia el fin, mi Fin. Después de todo, después de haberlo querido negarlo me doy cuenta al final de que estoy aterrada, de que tengo miedo y de que quiero llorar y llorar. Ahora todo esto es inútil porque la nube roja se acerca y con ella el fin. Mi fin.